

POUR CLARKE. LA CENTRALIDAD DE LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN PARA LA CRÍTICA MARXISTA EN EL CUESTIONAMIENTO A LA VISIÓN DEL ESTADO DE NICOS POULANTZAS Y LA DERIVACIÓN

POUR CLARKE. *THE CENTRALITY OF SOCIAL RELATIONS OF PRODUCTION FOR MARXIST CRITIQUE AND THE QUESTIONING OF NICOS POULANTZAS'S VISION OF THE STATE AND THE DERIVATION*

Rodrigo F. Pascual¹

Instituto de Cultura, Sociedad y Estado, UNTDF/CONICET
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3938-8132>
rpascual@untdf.edu.ar

Resumen

Vamos a desarrollar la perspectiva de Simon Clarke sobre el estado, tratando sólo con su primera etapa de investigaciones (1974-1994), que podemos denominar como de elaboración y crítica teórica. En primer lugar, reconstruiremos su crítica a Poulantzas. Para ello nos valdremos

¹ Quisiera agradecerles a Edith González Cruz y a Panagiotis Doulos por su apoyo y lectura de este trabajo y, fundamentalmente, por aceptar el desafío de pensar a Clarke juntos. También a Alberto Bonnet y Rodolfo Gómez porque sus colaboraciones a este dossier y los comentarios a este artículo resultaron centrales para comprender mi lectura de Clarke. Con Bonnet la deuda es mayor, porque sus observaciones al trabajo de Clarke hicieron posible que reconociera algunas incomprensiones mías sobre autor. Finalmente, agradezco el acompañamiento de Alfonso García Vela y Franco Quiroga porque sin su labor este dossier no hubiera sido publicado.

de su crítica al estructuralismo de Lévi-Strauss y al marxismo estructuralista de Althusser. Estas críticas son la base para sus posteriores debates con Poulantzas y los enfoques fraccionalistas dependientes del autor greco-francés. Finalmente, abordaremos las críticas que le realiza a las perspectivas derivacionistas. Por último, vamos a mostrar el modo en que Clarke comprende al estado. En este punto, mencionaremos nuestro principal desacuerdo.

Palabras clave: Simon Clarke, Estado, Poulantzas, fraccionalismo, derivación del estado, Relaciones sociales de producción.

ABSTRACT

We will develop Simon Clarke's perspective on the State, dealing only with his first stage of research (1974-1994) which we can call theoretical elaboration and criticism. First, we will reconstruct his criticism of Poulantzas. To do so, we will use his criticism of Lévi-Strauss's structuralism and Althusser's structuralist Marxism. These criticisms are the basis for his later debates with Poulantzas and the factionalist approaches dependent on the greek-french author. Finally, we will address the criticisms he makes of derivationist perspectives. Lastly, we will show how Clarke understands the State. At this point, we will mention the main points of disagreement.

Keywords: Simon Clarke, State, Poulantzas, fractionalism, derivation of the state, Social relations of production

INTRODUCCIÓN

Simon Clarke fue un intelectual revolucionario. Un teórico social marxista cuya producción es una muestra de erudición, lucidez y compromiso científico. Supo conjugar el rigor académico con una forma de exposición que facilita el entendimiento de cuestiones tan complejas como la teoría del estado, la teoría de la crisis en Marx, la conformación del pensamiento sociológico y económico moderno y la comprensión de la transición al capitalismo en los países del este. Clarke sostuvo debates con historiadores, con el

estructuralismo francés y con la escuela de la regulación. En todos estos terrenos mostró la centralidad que tiene para él su comprensión de las relaciones sociales de producción y del fetichismo de la mercancía en Marx. Leer a Simon Clarke es experimentar la lectura de un “clásico” que nos es contemporáneo.

A pesar de su magnánima labor, en Latinoamérica sus trabajos son poco conocidos. Quizás esto se deba a que muy pocos textos suyos fueron traducidos al castellano. Hasta lo que conocemos, sólo podemos contar una decena. Podría objetarse que esto se debe a que gran parte de su producción versa sobre la experiencia británica y de Europa del Este. No obstante, tal vez esto se deba a una causa más profunda que remita al predominio dentro del marxismo en nuestro continente de la lectura estructuralista y postestructuralista. Más particularmente, en los trabajos latinoamericanos sobre teoría del estado, el enfoque estructuralista y la influencia de Poulantzas es la característica dominante. Debido a la crítica que Clarke le dirige a ambos (el estructuralismo y a Poulantzas) sus contribuciones pueden resultar imprescindibles para la crítica marxista latinoamericana.

Esto no supone extrapolar argumentos de un continente a otro. Antes bien, como el mismo Clarke sugiriera en su libro *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*, la experiencia británica puede resultar de interés porque comparte determinaciones generales que permiten explicar las transformaciones del capitalismo y el estado contemporáneo. Ciertamente, esto fue reconocido por varios marxistas latinoamericanos que han encontrado en su obra una fuente de comprensión e inspiración para interpretar su realidad. La lectura que hizo Bonnet (2008) en su fascinante libro sobre el menemismo es un excelente ejemplo de esto.

Como mencionamos, la obra de Clarke es inmensa. Aquí sería imposible dar cuanta de todas las dimensiones que pueden resultar de interés para el público de América Latina. Por este motivo sólo nos detendremos en un aspecto que nos resulta fundamental para nuestras investigaciones: la teoría del estado.

Muy temprano, en 1974, Clarke publicó un breve trabajo titulado *The Development of Capitalism*. Allí ya se pueden ver los contornos

de lo que más tarde desarrollará en *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. En ambos reconstruye histórica y teóricamente la constitución de las relaciones sociales de producción capitalistas, determina su especificidad, y delimita su modo de comprender al estado a partir de un enfoque centrado en la lucha de clases. También deja entrever su tesis central: el capitalismo supone un modo específico de vínculo social que fue teorizado por Marx a partir de su noción de las relaciones sociales de producción, que da cuenta de que la producción de valores de uso (cosas) es simultáneamente la producción de valor (forma social). El vínculo social se establece a partir de la subordinación del conjunto social al dinero. En este texto, esta noción de las relaciones sociales de producción, le permite establecer su crítica a la visión de Weber sobre “el espíritu del capitalismo”. Pero esta cuestión la desarrollará más claramente en sus trabajos de crítica al estructuralismo marxista y al enfoque de la derivación del estado desarrollado en Alemania.

Como otros marxistas de la Conferencia de Economistas Socialistas, Clarke fue profundamente crítico del marxismo estructuralista, pero también de los aportes alemanes de la derivación. A diferencia de los primeros, vio la unidad social en las relaciones de producción y, en discrepancia con los segundos, insistió fervientemente en que el estado no debe comprenderse ni como un resultado lógico, ni histórico. El estado, dice Clarke, preexiste a la sociedad capitalista. De allí que su existencia como tal no emane de ninguna “necesidad” lógica y/o histórica. De modo que para teorizar el estado se requiere de la mediación (histórica y categorial) de la lucha de clases. La crítica a los dos enfoques tienen el común denominador de estar atravesada por su comprensión de la noción de relaciones sociales de producción en Marx. En efecto, Clarke indica que las transformaciones de las relaciones de producción fueron erosionando las formas de dominación preexistentes, dando forma a desplazamientos en la dominación estatal. Más claramente, su subordinación al dinero y a la ley resultan de la mediación de la lucha de clases. Así, Clarke defenderá su posición de que no existe relación necesaria entre el estado y las relaciones sociales de producción. Antes bien es un resultado histórico,

aunque no completamente contingente, pues está mediado por el dominio de clase. Además, señalará que la unidad del conjunto social se produce de modo contradictorio en la producción de valores de uso que está subordinada a la producción de valor.

En lo que sigue reconstruiremos sus críticas de Clarke. En primer lugar, vamos a reconstruir las críticas de Clarke a la teoría del estado en Poulantzas, y del fraccionalismo poulantziano. No obstante, en la medida en que éstos construyen su edificio teórico sobre las bases del estructuralismo de Lévi-Strauss y Althusser, vamos a recuperar algunas cuestiones que critica a estos últimos. En segundo lugar, abordaremos las críticas que realiza a las perspectivas derivacionistas. Por último, vamos a mostrar el modo en que Clarke comprende al estado a partir de su concepción de las relaciones sociales de producción. Finalmente, mencionaremos nuestro punto de desacuerdo que se centra, particularmente, en su crítica al enfoque de la derivación.

1. DE LÉVI-STRAUSS Y ALTHUSSER A LA CRÍTICA A POULANTZAS Y EL FRACCIONALISMO POULANTZIANO²

La crítica que realiza Simon Clarke a Poulantzas tiene un doble trasfondo. Por una parte, una lectura de *El capital* de Marx como un texto de teoría y crítica social. Por otra, el antecedente³ de una ferviente crítica al estructuralismo de Lévi-Strauss y de Louis Althusser. En este apartado recuperaremos estas últimas en función de la crítica de la teoría del estado de Nicos Poulantzas.

² Para un desarrollo más exhaustivo de esta problemática y de la continuidad que resulta de esta crítica a la escuela de la regulación, así como los problemas subyacentes al enfoque de Clarke, puede consultarse el trabajo de Bonnet en este dossier

³ Estas críticas son anteriores temporalmente, pero no por su fecha de publicación sino de escritura. Esto puede verse en las palabras introductorias en *The Foundations of Structuralism. A Critique of Lévi-Strauss and the Structuralist Movement* y en *One Dimensional Marxism*.

1.1. Lévi-Strauss y Althusser: los fundamentos durkheimianos del marxismo estructuralista

En 1975, previamente a la publicación de su crítica a Poulantzas y del fraccionalismo poulantziano de 1977 y 1978, respectivamente, Simon Clarke defendió su tesis doctoral sobre Lévi-Strauss. Producto de esa tesis, en 1981 publicó *The Foundations of Structuralism. A Critique of Lévi-Strauss and the Structuralist Movement*. Allí indicaba que debajo del estructuralismo lévi-straussiano subyacía una concepción durkheimiana de la sociedad. Sobre esas bases (y la filosofía bergsoniana) se erigió el edificio del estructuralismo francés del cual se embebió el althusserianismo, corriente teórica a la cual se adhirió Nicos Poulantzas a mitad de la década de 1960. La crítica de Clarke a Lévi-Strauss resulta de interés, pues la lectura sintomática de Marx que efectúa Althusser y sus discípulos es deudora de aquella concepción de la sociedad de Durkheim que está presente en Lévi-Strauss.⁴

Para Durkheim la sociedad es una fuerza moral colectiva que está por encima del individuo. El orden social depende de la adecuada integración del individuo en esta “conciencia colectiva”. En los primeros escritos de Durkheim, esta integración depende de la existencia de una red omnipresente de interacciones sociales, de modo que cada individuo está sujeto a la influencia moral de sus vecinos. Esta influencia moral impone al individuo normas que aseguran la integración de la personalidad (que sólo puede encontrar orientación moral a través de la participación en la colectividad) y que aseguran el orden de la sociedad. En *La división social del trabajo*, el remedio de Durkheim para el conflicto económico fue sugerir la formación de asociaciones profesionales que llevarían a productores y consumi-

⁴ Esta base durkheimiana de la lectura de Marx hecha por Althusser y sus discípulos se observa en la enorme producción de uno de sus más discípulos: Deleuze. En este sentido, Alberto Bonnet (2007) muestra que la filosofía deleuziana carga consigo una lectura durkheimiana de Marx. Como resultado, la radicalidad de su lenguaje es inversamente proporcional al de su filosofía de la diferencia.

dores, trabajadores y empleadores a un contacto más íntimo entre sí para asegurar la cohesión de la sociedad mediante el establecimiento de una regulación normativa en áreas donde la comunicación se había roto. De ahí que en este trabajo se vea a la sociedad como una red moral de comunicación a través de la cual la conciencia colectiva se impone a todos los miembros de la sociedad (Clarke, 1981: 10, traducción nuestra).

Siguiendo esta idea de la sociedad como una fuerza moral que se impone sobre los individuos, e influenciado por los desarrollos del Don y el Contradon de Marcel Mauss, Lévi-Strauss postula al principio de reciprocidad como el elemento anterior a y que permite la formación de la sociedad y que se impone sobre los individuos.

Lévi-Strauss ancla este principio, en su estudio sobre la estructura del parentesco, en el intercambio de mujeres. Sin embargo, esta estructura resulta vacua porque, como indica Clarke y reconoce el propio Lévi-Strauss, su referente empírico (el intercambio de mujeres) no responde a tal principio de reciprocidad. No obstante, su operatividad, dice Lévi-Strauss, es la de funcionar como un tipo ideal. Aun así, Clarke indica que, al no poseer ningún anclaje empírico, la estructura resulta inoperativa (e infalsable). Pero, agreguemos, no se trata sólo de la construcción de un tipo ideal, sino que la estructura a la que remite Lévi-Strauss opera como un orden simbólico que antecede, actúa y se impone sobre los individuos. Esta estructura permite, en la perspectiva del autor francés, que se produzca el *orden* social. Naturalmente, Althusser es deudor de esta concepción.

Así, Althusser reproduce el funcionalismo durkheimiano hasta el último detalle: la función de la conciencia colectiva es asegurar la reproducción social constituyendo a los individuos biológicos como actores sociales. Las diferentes sociedades difieren entonces según sus formas de individualidad, que se relaciona funcionalmente con la forma de la división del trabajo (Clarke, 1980: 86 nota 51, traducción nuestra).

Ciertamente, en Althusser (1988) esta concepción de la sociedad aparece de forma más acabada al abordar la cuestión de la ideo-

logía, definida como el “cemento social”, en la que el estado aparece como un momento fundamental. Precisamente, porque, para Althusser, es su materialización. Es a través de los aparatos ideológicos (y represivos) del estado que se reproduce la sociedad. No obstante, la ideología lo antecede. En otras palabras, es el orden simbólico de la ideología el que constituye el orden social. Las bases de esta noción de ideología, ciertamente, son durkheimnianas.⁵

En una sociedad más desarrollada, la desmitificación de la religión por parte de Durkheim permite sustituir a Dios por una autoridad secular y reconocer la encarnación de la conciencia colectiva en su expresión secular, el Estado. En consecuencia, la autoridad de la conciencia colectiva ya no tiene por qué depender de reacciones emocionales irracionales a un símbolo religioso mistificado, sino que puede establecerse a través de un sistema racionalista secular de educación estatal (Clarke, 1981: 11 traducción nuestra)

Como dijimos, para Clarke las raíces durkheimnianas de la concepción de la sociedad que están presentes en el estructuralismo de Lévi-Strauss resultan características de la lectura de Althusser de Marx y de la cual se embebe Nicos Poulantzas. Más aún, Clarke señala que el punto de partida de Althusser es el mismo que el de la sociología burguesa: la separación de la sociedad en diversas esferas. Althusser concibe que entre aquellas diversas esferas hay una relación de causalidad estructural, en la que la totalidad es un todo complejo estructurado con dominancia en última instancia

⁵ Acá dejaremos a un lado el problema de la epistemología althusseriana –que resulta de la separación entre objeto real y objeto del pensamiento, que no sólo supone la misma construcción de tipos ideales que los levi-straussianos, sino que además tiene el efecto de postular al filósofo como el sustituto del partido afirmando así la ortodoxia estalinista (Ranciere, 2020)–, y que Poulantzas recupera, aunque con algunas modificaciones, en su introducción a *Poder político y clases sociales*. No obstante, la construcción de tipos ideales es algo que merece ser destacado como un elemento que Poulantzas recupera y continúa.

de lo económico.. Es esta dominancia la que le daría una impronta marxista. El todo está conformado por (fundamentalmente) tres niveles –el económico, el político y el ideológico– supuestos como interdependientes y con autonomía relativa. Asimismo, cada nivel asume una función específica. De este modo, el estructuralismo althusseriano se emparenta con la sociología burguesa en general y con el funcionalismo parsoniano en particular.

Clarke nos dice que esta idea de un todo predado estructurado con dominancia no tiene nada de original. En cierto modo, no es más que un revival de las teorías de Plejanov y Stalin. Más aún, como Clarke (2022a) mostrase con mayor profundidad en otro trabajo, ese es el fundamento de la sociología moderna. Y ambas, la sociología moderna y la concepción althusseriana de lo social, parten de ese todo predado separado en instancias o niveles relativamente autónomos, puesto que conciben a las relaciones sociales de producción como una instancia de producción material, es decir, de cosas y, por tanto, como una instancia técnica. De allí que el fundamento de esta noción del todo predado es la comprensión de las relaciones sociales de producción esgrimido por la economía política clásica, particularmente Ricardo, para quien la producción material está separada de la producción de relaciones sociales (lazo social).

En otras palabras, para Clarke, Althusser asume las relaciones sociales de producción como una instancia en la que sólo se producen valores de uso. En este sentido, es una instancia de producción técnica. Allí no hay relaciones sociales en sentido estricto, sino relaciones técnicas entre factores de la producción. Estos factores/agentes sólo asumen una existencia social recién a nivel político e ideológico. Al ser las relaciones de producción concebidas como relaciones técnicas, antes que sociales, la contradicción inherente a las relaciones sociales de producción, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, quedan expulsadas. No es casual que Althusser (1969) recomiende dejar a un lado el primer capítulo de *El capital*, en el que se presenta la contradicción entre valor de uso y valor, pues allí es donde Marx muestra que la producción de valores de uso (producción material) está subordinada a la producción de valor (forma social). La contradicción entre valor de uso y valor

aparece desplazada como una tensión entre instancias y problematizada a través de la noción de sobredeterminación.

El conjunto predado de la sociología burguesa es, por lo tanto, complejo, y está estructurado en última instancia en dominación por la producción “económica” o material. A estas funciones corresponden niveles institucionales específicos, relativamente autónomos, que garantizan el cumplimiento de las funciones en cuestión. Las instituciones económicas aseguran la reproducción material asignando funciones a los agentes a través de la división del trabajo. Las instituciones políticas asignan agentes a las funciones por medio del derecho de propiedad y contrato. Las instituciones ideológicas “aseguran los vínculos de los hombres entre sí en el conjunto de las formas de su existencia, la relación de los individuos con sus tareas fijadas por la estructura social”. La dominación del “marxismo” de Althusser por la “problemática” teórica de la sociología burguesa es total. Las consecuencias de ignorar la crítica de Marx a Ricardo son graves, porque Ricardo no es simplemente una figura histórica, es el fundamento mismo de la sociología burguesa contemporánea. Marx evita la necesidad de introducir los conceptos de “sobredeterminación” y “determinación en última instancia” transformando el concepto de producción. Las relaciones de producción no son la expresión en la producción de relaciones de distribución política o ideológicamente constituidas. Estos últimos están subordinados a los primeros (Clarke, 1980: 52; traducción nuestra).

El todo predado de Althusser, en efecto, es un sustituto de las relaciones sociales de producción. La producción de mercancías supone valores de uso y, simultáneamente, valor. Es decir, es tanto producción de cosas como de relaciones sociales. La creación de valor, en la lectura de Clarke de Marx, es el modo a través del cual se establece el vínculo entre todos los haceres sociales convalidados en el mercado. La producción de valores de uso subordinados a la producción de valor, en efecto, supone relaciones contradictorias. La “reciprocidad” o el “cemento social” está dado en las relaciones sociales de producción de modo contradictorio en tanto que produc-

ción de valores de uso y valor. Al eyectar las relaciones sociales del nivel “económico”, Althusser deja intacta la noción de relaciones de producción de la economía política clásica. La contradicción es desplazada al nivel de las relaciones entre las instancias, en la que dependiendo de la coyuntura una instancia o nivel pasa a tomar el lugar (sobre)determinante. Pero más aún, como indica Clarke, al ser las relaciones de producción un ámbito de producción de cosas, la sanción en última instancia de lo económico nunca llega. La sobre-determinación de lo político y/o lo ideológico funge como sustituto de la contradicción en la producción de valores de uso y valor.

Dejemos la crítica a Althusser acá, pero no sin antes retener esta cuestión de la sobredeterminación, puesto que Poulantzas seguirá estos pasos y le dará a la sobredeterminación althusseriana un anclaje permanente en el estado, y lo vinculará con el problema de las clases. Como mostraremos, para Clarke esta solución de Poulantzas se mantendrá dentro de los parámetros trazados por Althusser y Lévi-Strauss, lo que lo conduce a una especie de sociología política burguesa radical. Veamos esto con detenimiento.

1.2. La crítica a Poulantzas

A diferencia de la crítica que le dirige a Althusser, Clarke considera que el trabajo de Poulantzas supone un gran esfuerzo para comprender al estado capitalista, desde una perspectiva marxista. Aunque malogrado, porque no cuestiona los fundamentos de la teoría social burguesa.

Su obra puede verse como un intento de construir una teoría del Estado en oposición a la teoría del capitalismo monopolista de Estado, que evita el evolucionismo y el economicismo de esta última, por lo que tiene un atractivo evidente para los marxistas contemporáneos. Sin embargo, una teoría antievolucionista y antieconomicista del Estado capitalista no es necesariamente una teoría marxista. No es el marxismo, sino la sociología burguesa, la que ha condenado constantemente al dogmatismo por su economicismo y evolucionismo, y la sociología burguesa ha construido una teoría de la sociedad que evita estos errores. El

problema crucial para los marxistas es el de teorizar la separación institucional del Estado de las empresas capitalistas; la separación política del Estado de la clase capitalista; la diferenciación y fragmentación de las clases sociales; las relaciones de representación entre las clases y los partidos políticos; y los límites de la intervención estatal, sin perder la premisa marxista fundamental de la relación de capital como principio de la unidad de la formación social (Clarke, 2022b: 295).

La crítica que dirige Clarke se concentra en Poulantzas, *Poder político y clases sociales* (PPCS). Esto se debe a que considera que los desplazamientos posteriores no afectan al núcleo de las teorizaciones de PPCS. Empero, algunos trabajos posteriores también son citados.

Podría objetárseles que esta crítica de Clarke es injusta, puesto que se efectúa un año antes de que Poulantzas publicara *Estado, poder y socialismo* (EPS). Sin embargo, consideramos que el modo en que Poulantzas comprende a las relaciones sociales de producción, que es el corazón de la crítica de Clarke, permanece inalterado. En este sentido, la crítica es válida para el conjunto de la obra de Poulantzas. Pero aún más, como muestra Bonnet (2023), la teorización del estado que aparece en EPS puede rastrearse en los escritos sobre las clases, particularmente en *Las clases sociales en el capitalismo actual*, por lo que es posible considerar que la lectura de Clarke también es válida para las definiciones posteriores del estado vertidas en EPS, y que son tomadas en cuenta por nuestro autor.

Clarke comienza recuperando la crítica que Poulantzas le dirige a Miliband, en el sentido de permanecer en una problemática del sujeto, en tanto que origen de la acción social. A esto Poulantzas le contrapone una concepción de las clases sociales y del estado como estructuras objetivas. Para Clarke esto no sólo es insuficiente, sino que además es parte de la sociología burguesa. Lo que distingue al marxismo de otras teorías sociales, particularmente la burguesa, no es el carácter objetivo de las estructuras sino su contenido sustantivo; es decir: las relaciones sociales de producción. De modo contrario, y es lo que sucede con Poulantzas, aquellas estructuras objetivas son las mismas que las de la sociología estructural-funcionalista, y no las emanadas por las relaciones sociales de producción (valor).

Como mencionamos, el punto de partida de Althusser es el todo predado en el que la totalidad está compuesta por niveles funcionales. Poulantzas parte de allí y dice que el estado está determinado por el nivel de lo político que tiene la función de unificar a los otros niveles, y a su vez su función en la práctica como Estado está regulada por la lucha de clases (práctica política) en el que cumple la función de unificar y organizar a la clase dominante e individualizar y desorganizar a la clase trabajadora. De esta forma, “[l]a teoría de clases se inserta entre la estructura y el Estado, de modo que el Estado está sujeto a una doble determinación”, es decir, a la determinación funcional y a la lucha de clases. Estas funciones tienen como condición de posibilidad la relación de autonomía relativa con el todo predado (estructural) y con las clases (histórico). “Sus funciones son específicamente políticas, todas ellas subordinadas a la necesidad de mantener la unidad del conjunto” (Clarke 2022b: 207).

Clarke, asimismo, indica que, según Poulantzas, la autonomía del estado se debe a la separación de los productores de los medios de producción. Pero para Clarke esto, antes que una solución, es un problema. Esto se debe a que Poulantzas no deja claro por qué la combinación de las relaciones de propiedad y apropiación real determina la autonomía específica de lo político. El argumento, señala Clarke, descansa en la lectura de Balibar,⁶ en la que las relaciones de propiedad y apropiación real se hallan en una relación de homología, lo cual implica que “las relaciones sociales de distribución corresponden a las relaciones ‘naturales’ de producción” (Clarke, 2022b: 308). De esta forma, el nivel político no interviene en la distribución. Pero esto no explica la autonomía, dice Clarke, sino que supone una cuestión muy diferente: la eternización de las relaciones sociales de producción capitalista.

La eternización de las relaciones de producción capitalistas en esta teoría implica que la dominación económica de la clase capitalista está inscrita en la propia estructura técnica de la

⁶ Para un desarrollo más profundo de este problema en Balibar, véase Bonnet en este dossier.

producción, por lo que esta dominación no existe en el nivel del Estado. El Estado puede, por tanto, presentarse como el Estado del conjunto, como la unidad de los individuos que él mismo ha constituido como sujetos jurídicos (Clarke, 2022b: 308).

En este punto, Clarke centrará una de sus críticas nodales a la noción de Poulantzas de la autonomía relativa del estado. En efecto, desde el punto de vista de la noción de relaciones sociales de producción como producción de cosas (valor de uso) y de relaciones sociales (valor), no se yergue sobre una supuesta relación de homología o correspondencia entre las relaciones de producción y distribución, puesto que esta correspondencia resulta de esas mismas relaciones sociales de producción. La autonomía, en cambio, se funda en la separación de lo económico y lo político que es “inherente al desarrollo histórico del modo de producción capitalista” (Clarke, 2022b: 309).

Debido a esta incapacidad de establecer el vínculo con las relaciones sociales de producción, y a que Poulantzas no logra distinguir su perspectiva del funcionalismo estructuralista, su pretensión de desarrollar una teoría marxista del estado depende de su teoría de las clases. En este sentido, Clarke aclara:

El Estado no se define con referencia al nivel “económico” ni a la clase dominante. Sin embargo, el Estado sigue siendo un Estado de clase porque la formación social cuya unidad mantiene es una formación social en la que domina una clase determinada (PPCS: 51, 54, 115). Por lo tanto, al mantener la unidad de la sociedad, el Estado mantiene al mismo tiempo el dominio de la clase dominante (Clarke, 2022b: 310; la referencia interna corresponde a *Poder político y clases sociales*).

El estado, pues, asume ese lugar de unidad social que ya le había otorgado Durkheim, aunque mediado por el funcionalismo parsoniano, el estructuralismo de Lévi-Strauss y el de Althusser.

Alcanzado este punto, la crítica de Clarke se dirige hacia el problema de las clases en Poulantzas. El punto de partida es que las clases son definidas como “clases distributivas”, que se definen en relación con las funciones técnicas. La teoría de las clases, señala Clarke, se yergue sobre la misma concepción que la de las estructuras.

Es esta subordinación de la teoría de la clase a la teoría de la estructura la que dicta que las clases sean vistas en términos distributivos. Como hemos visto, la estructura no es una estructura de relaciones sociales, el nivel económico se define en términos puramente técnicos. De ahí que el resultado inevitable de la definición de las clases como “el resultado de un conjunto de estructuras y de sus relaciones” (PPCS: 63), sea la visión de las clases como constituidas como categorías distributivas, relacionadas externamente con la producción mediante la asignación de funciones técnicas (Clarke, 2022b: 310; la cita interna corresponde a *Poder político y clases sociales*, de Poulantzas).

El problema, entonces, es que, para Poulantzas, al igual que para Althusser, las relaciones sociales de producción son sólo un ámbito de producción material. Las clases, pues, no encuentran un anclaje en este nivel, pues las clases se definen en función del estado. Aparecen como tal en el estado, *ie.* en la práctica política. Esta noción es dependiente de la economía política clásica y es el eje sobre el que se monta la sociología burguesa para declarar la independencia de la sociedad respecto de lo “económico”, en el que la sociedad es un todo plural en el que se conforman grupos de interés. Es recién en el estado que la clase capitalista aparece como un todo. Como consecuencia, la teoría de las clases que nos ofrece Poulantzas es la misma que el de la sociología burguesa.

Esta teoría pluralista del conflicto social, como conflicto entre grupos de interés definidos distributivamente y organizados en grupos de presión y partidos políticos que buscan alcanzar sus fines organizándose con el poder del Estado como objetivo, operando sobre una base económica dada y técnicamente determinada, es la teoría que Poulantzas ofrece como teoría marxista de la clase (Clarke, 2022b: 312).

La consecuencia de ello no es solamente que nos encontremos ante una teoría de las clases que supone una visión pluralista, sino que, al eyectar el antagonismo de clase de las relaciones de producción, sólo queda el estado como ámbito para la lucha de clases, aunque confi-

nada dentro de una visión pluralista de intereses en pugna. En este punto el problema es doble; por una parte, al ser definido (el estado) en función de la reproducción de la clase dominante, la práctica política (lucha de clases) queda confinada dentro del estado y, por lo tanto, es siempre reproductiva. Por otra parte, al ser la lucha de clases (política) delimitada dentro del estado, la transformación revolucionaria pasa a ser una tarea del estado antes que de los/as explotados/as. Empero, la revolución pasa a ser una tarea imposible, pues el estado tiene una función de reproducción de la dominación.

Sintéticamente, la teoría del estado de Poulantzas fracasa porque su punto de partida es el todo predado antes que las relaciones sociales de producción entendidas como producción material y de relaciones sociales. El estado, asimismo, al ser definido funcionalmente, requiere de una teoría de las clases para así poseer un estatus marxista. Sin embargo, esto resulta imposible, puesto que al definir las relaciones sociales de producción como una instancia técnica, lo que tenemos son grupos de presión antes que clases sociales constituidas en aquellas relaciones sociales de producción. El punto de la crítica de Clarke radica en que el capital individual en la producción se enfrenta al trabajador como capital social, al igual que el trabajo se enfrenta como trabajo social; es decir, lo hace como clase antes de la mediación estatal. Esto no significa, como reconoce el propio Clarke, que lo político y lo ideológico no intervengan. Esto supone que las relaciones sociales de producción son determinantes porque son simultáneamente producción material (valor de uso) y social (valor) (Clarke, 2022: 313).

Las clases sociales de la teoría de Poulantzas no están constituidas por las relaciones de producción, en el sentido marxista, sino que son clases distributivas definidas por referencia a las funciones técnicas de sus miembros en la producción, así como por factores políticos e ideológicos, “sociales”. La teoría de la clase se basa, pues, en la misma concepción de la producción que la teoría de la estructura (Clarke, 2022b: 310).

Si las clases no se definen en la distribución, ni la producción es sólo un proceso técnico, esto supone para Clarke que las relacio-

nes de producción no están sobredeterminadas por alguna u otra instancia. Las relaciones de producción son, para Clarke, en sí mismas relaciones de dominación entre las clases. De ahí que la definición de las clases y sus fraccionamientos no deben conducirnos a referencias políticas y/o ideológicas, aunque estas dimensiones afecten a las relaciones entre clases y dé lugar a diferencias a su interior. Esto quedará más claro en su crítica al fraccionalismo.

1.3. Clases y fracciones: la crítica al fraccionalismo poulantziano

En un segundo trabajo de crítica indirecta a Poulantzas, puesto que se dirige contra el uso de la noción de fracción de clase en los estudios sobre el apartheid en Sudáfrica, Clarke vuelve sobre problemas semejantes a los tratados en los apartados anteriores.

Comienza señalando que Poulantzas nos dice muy poco sobre el problema de las fracciones. Las fracciones en Poulantzas pueden basarse en cuestiones políticas y/o ideológicas pero también económicas. La definición del autor greco-francés es muy vaga y queda reducida al modo en que diversos tipos de agrupamientos sociales producen efectos pertinentes sobre el estado. Esto conduce a una taxonomía de las fracciones de clases, las cuales pueden definirse de múltiples maneras (Laclau, 1978).

El núcleo del problema es que, en vez de anclar la cuestión de las fracciones entendiéndolas como resultado de la lucha de clases, constituida en las relaciones de producción, y en cómo a través suyo se desarrolla una diversidad de instituciones políticas que se erigen sobre luchas centradas en barreras de la valorización, se invierte el problema y se busca la llave de acceso a la lucha de clases en organizaciones políticas. La lucha de clases deviene en una disputa de grupos por el poder de estado. Aquella inversión, en efecto, resulta de la concepción del todo predado conformado por los niveles económicos, políticos e ideológicos en el que lo político resulta sobredeterminante y resulta el momento en que se desenvuelven las relaciones sociales. Nuevamente, los análisis no se distancian de las visiones burguesas sobre grupos de presión, aunque asumen una terminología clasista.

El resultado de todo esto, muestra Clarke, es paradójico. Mientras que se parte de la idea de la autonomía relativa del estado en relación con los intereses de clase, éstos pasan a ser directamente representados por el estado, que asume los intereses de la fracción hegemónica. El economicismo que había sido objeto de debate retorna sin resto. Al mismo tiempo, la visión es politicista puesto que las clases adoptan existencia social recién al nivel del estado.

Clarke recupera el problema de la separación de lo económico y lo político como una de las cuestiones centrales. Como señala, el enfoque fraccionalista parte del análisis de la esfera económica en el que los capitales individuales persiguen intereses particulares. Estos intereses resultan independientes unos de otros, y están determinados por circunstancias específicas. Por otra parte, como mencionamos, la visión poulantziana supone que es en el estado en que el que se reúnen los intereses particulares. El nivel político es entonces el lugar en el que los capitales individuales se reúnen y forman grupos con intereses comunes. El punto de partida es, pues, que los intereses particulares adquieren un carácter social a nivel del estado. El problema se halla, nuevamente, con el modo en que esta visión comprende a las relaciones sociales de producción. En efecto, si éstas son comprendidas como producción material y social, el punto de partida son las clases como un todo y nos los intereses particulares. La unidad es invertida y puesta sobre el estado. Como resultado, el estado, al asumir los intereses de una fracción, asume un carácter de reflejo de esos intereses, y se pierde su autonomía.

Dicho de otro modo, lo que esta perspectiva invierte es el orden de la relación entre clase y fracción. Los capitales individuales sólo son tales en tanto que representantes del capital social total. No pueden existir independientemente de aquel. Este es el concepto de capital que aparece en Marx y que esta visión desconoce. Sin este concepto lo que tenemos son intereses particulares que se universalizan en el estado, como sucede con las visiones de la sociología política burguesa. En este sentido, Clarke señala que las relaciones de clase son lógicamente anteriores a las formas económicas, políticas e ideológicas que adopten esas relaciones.

Naturalmente, este análisis relega la lucha de clases a un segundo plano. Asume como propia la idea de Poulantzas (1976: 117) de que “en el seno del Estado, las contradicciones entre clases y fracciones dominantes y las contradicciones entre éstas y las clases de apoyo repercuten en forma mucho más directa y aguda que las contradicciones entre el bloque en el poder y la clase obrera. En lo esencial, estas últimas sólo se manifiestan en el Estado burgués «a distancia»”. En este sentido, en esta perspectiva la lucha de clases es sacrificada en el altar de la disputa entre fracciones, la razón de ello se debe al lugar que ocupa el estado en la distribución del plusvalor. Es éste, pues, el último elemento de la crítica de Clarke. Pero agreguemos algo más. Esta expulsión de la lucha de clases supone una idea de equilibrio social que es el núcleo de la teoría social durkheimniana que habíamos mencionado más arriba.

El estado ocupa un lugar nodal porque para los fraccionalistas allí se dirime una cuestión central del proceso de valorización: la distribución. La separación entre lo económico y lo político es, en este caso, simultánea a la escisión entre producción de plusvalor y su distribución. La producción se efectúa en la producción, pero la distribución está mediada por el estado. Esto no es un problema en sí, la cuestión es que para esta visión el estado ocupa un lugar determinante antes que determinado. Es decir, no es una mediación, sino que es un agente distributivo sin más. El estado, entonces, pasa a ser un lugar estratégico para las diversas fracciones. Esto no sólo envuelve una sobrepolitización del proceso de distribución de plusvalor, sino que, en lo fundamental, ignora, dice Clarke, el vínculo entre producción y distribución de plusvalor. Dicho de otro modo, ignora el comportamiento de la competencia entre los capitales que al ver favorecidos un sector el resto se vuelca sobre aquel.

La exposición hecha hasta aquí ha tenido por objeto mostrar la crítica que Clarke le dirige a Poulantzas y a la visión fraccionalista que resulta dependiente de los aportes del autor grecofrancés. De modo más general pone en relieve las fallas del estructuralismo althusseriano, la propuesta poulantziana y su incapacidad

de superar una visión de la sociedad establecida por Durkheim. Asimismo, tiene por objeto desandar los presupuestos de la teoría de Poulantzas que, como señala Clarke, conducen a un reformismo y son predominantes en nuestra geografía.

En el próximo apartado señalaremos algunas críticas que Clarke dirige a la perspectiva derivacionista, indicaremos el modo en que el autor comprende al estado, y formularemos una breve crítica.

2. LA CRÍTICA A LA DERIVACIÓN Y SU PERSPECTIVA

Pocos años después de su crítica a Poulantzas y a los poulantzianos, pero ya en un contexto adverso políticamente, marcado por el ascenso de las nuevas derechas, Simon Clarke asume la tarea de reconsiderar los aportes sobre la teoría del estado realizada por la perspectiva de la derivación de origen alemán. Esto quedó plasmado en varios artículos, principalmente, *Estado, lucha de clases y reproducción del capital* (1983), en la introducción a *The State Debate* (1991) y en su libro *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State* (1988). Su punto de partida es que no hay posibilidad de derivar conceptualmente al estado, de allí que su objetivo sea “plantear algunas cuestiones sobre el tipo de relaciones en las que deberíamos centrarnos y, en particular, entre la lucha de clases, la reproducción del capital y el Estado” (2022c: 328).

Esta premisa de Clarke, sobre la imposibilidad de desarrollar al estado conceptualmente, está presente desde muy temprano. En efecto, en *The Development of Capitalism* Clarke ya había explorado lo que sería su punto de vista sobre el estado. Para comprenderlo se requiere entender las relaciones sociales de producción. Más específicamente, Clarke va a plantear que el estado es preexistente a la sociedad capitalista. Asumiendo la premisa de Engels acerca del estado, es decir, en función de la existencia de relaciones antagónicas de clase, Clarke va a indicar que el estado preexiste pero que, al transformarse las relaciones sociales de

producción, se modifica. Esta idea atraviesa el conjunto de los trabajos de nuestro autor (2022c: 328).

[H]ay que subrayar que el Estado no es una institución propiamente capitalista, es una institución común, en diferentes formas, a todas las sociedades de clase. Además, la separación institucional del Estado de la clase explotadora es una característica de todas las sociedades de clase.

No obstante, para Clarke, ya desde este texto inicial, la noción de Marx de relaciones sociales de producción señala que el dominio de clase se produce en ese ámbito y que no hay indicación alguna de la “necesidad” del estado.

En los trabajos posteriores que serán objeto de este apartado, esta idea tomará, por una parte, un carácter polémico contra la perspectiva de la derivación y propositivo en tanto que del análisis histórico extraerá algunas conclusiones sobre el funcionamiento del estado.

Su crítica a la derivación, entonces, se enfoca en el problema de la “particularización del estado”. Para Clarke esto supone una confusión. Precisamente, porque esta separación del estado respecto de la clase dominante no es una característica propia del capitalismo. La cuestión radica en cómo explicar que el estado aparece institucionalmente separado de las clases y es al mismo tiempo un estado de clase. Para Clarke esto envuelve una confusión en los niveles de abstracción. “El problema no es el de reconciliar una relación inmediata entre clase y Estado con una separación manifiesta de ambos, un problema que es irresoluble” (Clarke 2022c: 329). Se trata, dice nuestro autor, de explicar cómo una forma de dominio clasista emerge como un aparato administrativo neutral, como un momento (contracara) del fetichismo de la técnica que también rodea a las relaciones sociales de producción. La apariencia de neutralidad no es específica del estado sino del dominio del capital sobre el trabajo a través del estado. De modo que para Clarke esto debería aparecer al final del análisis. Es su

resultado, no su punto de partida. De ahí que el estado tenga que derivarse del análisis de la lucha de clases sobre la reproducción del capital. Lo que distingue al estado es su carácter de clase, no su autonomía/particularización de las relaciones de producción. La autonomía es su aspecto superficial,

esto se debe a que el concepto de “clase”, como concepto apropiado a las relaciones sociales de producción en su forma más general y abstracta, y el concepto de “Estado”, como forma institucional apropiada a un aspecto del dominio de clase, son conceptos que tienen que desarrollarse en diferentes niveles de abstracción (Clarke, 329: 2022c).

De este modo, para Clarke las clases se constituyen en las relaciones sociales de producción y como resultado de la lucha de clases surge el estado. Más específicamente, el estado capitalista asume su forma como resultado de las transformaciones de las relaciones sociales de producción. La lucha de clases, en tanto que categoría mediadora, es la clave para comprender la forma estado.

La primera crítica a la derivación se centra en la lectura que supone que el estado es el representante de los intereses generales del capital, a lo que Clarke responde que ese interés es una quimera. La segunda crítica se dirige a la idea de que el estado resulta de la abstracción de la violencia de las relaciones sociales de producción inmediatas. A esto contesta que el monopolio de la violencia no es empíricamente verificable, sino que además las relaciones sociales de producción no dependen de esa violencia. La tercera crítica se enfoca contra la idea de que el estado se erige de la mercancía y su abstracción. A esto Clarke le alega que la mercancía es una forma superficial de existencia de las relaciones sociales de producción. El punto nodal, pues, es que el estado no es derivable porque no hay ninguna necesidad del capital para su existencia (Clarke, 2022c: 329-330).

Clarke, en efecto, señala que para Marx las condiciones para la autorreproducción del capital requieren de un grado de desa-

rollo de las fuerzas productivas, en tanto que condición histórica, y la subordinación de los individuos a las relaciones de producción capitalistas. Esta subordinación no necesita del estado, no hay una “necesidad” del capital, pues, para su autorreproducción. Establecidas las relaciones sociales capitalistas, dice Clarke, esta subordinación se produce sobre mecanismos puramente económicos. La preexistencia del estado supuso su transformación por parte de los capitalistas, en tanto que institución colectiva capaz de complementar la fuerza del mercado y asegurar la dominación. Empero, en la medida en que, para Clarke, Marx no presupone la necesidad del estado para la reproducción del capital, no hay derivación lógica posible.

La necesidad del Estado no es, por tanto, formal o abstracta, es la necesidad histórica, surgida del desarrollo de la lucha de clases, de un instrumento colectivo de dominación de clase: el Estado no se ha desarrollado lógicamente a partir de las exigencias del capital, se ha desarrollado históricamente a partir de la lucha de clases (Clarke, 2022b: 331).

Este argumento aparece en todos los escritos de Clarke en los que apunta a discutir una “teoría” del estado. Su punto nodal es que el estado se conforma como instrumento de la clase dominante de modo simultáneo a la separación institucional de los intereses particulares. La adquisición del carácter público del estado se produce junto a su subordinación a los intereses privados. Esto resulta de la lucha de clases que, naturalmente, envuelve la transformación de las relaciones sociales de producción. De este modo, no se trata de un proceso netamente contingente.

Insistamos que para Clarke el problema de la discusión con el enfoque de la derivación es que el estado y el capital corresponden a niveles de abstracción diferentes. Esto se debe a que, a diferencia del capital, el estado no constituye las relaciones sociales de producción, antes bien, las presupone. “[E]l Estado es en sí mismo un momento del proceso de reproducción” (2022c: 332).

Decíamos que para Clarke la lucha de clases es la categoría mediadora que permite pasar de las relaciones sociales de producción al estado. Si el capital puede reproducirse independientemente del estado, como dice Clarke que es el presupuesto de Marx en *El capital*, la existencia del estado se debe a la insubordinación de la clase trabajadora. De allí que nuestro autor afirme que “[s]i no hubiera lucha de clases, si la clase obrera estuviera dispuesta a someterse pasivamente a su subordinación a las relaciones sociales capitalistas, no habría Estado” (Clarke, 2022: 332). El punto de partida del análisis del estado, entonces, es la contradicción inherente a las relaciones sociales de producción.

Pero Clarke parece no caer en un mero instrumentalismo al comprender que la forma del estado depende de aquellas relaciones sociales de producción. De modo que no es un mero instrumento, sino que es una forma que asume la relación del capital que resulta de la lucha de clases. El contenido de esa forma varía históricamente y depende de las barreras que se imponen en el proceso de valorización mediado por la lucha de clases. Esto significa que el estado no sólo resulta de la lucha de clases, y que el objeto del estado es el dominio de la clase trabajadora, sino que su contenido (intervención) es objeto y resultado de la lucha de clases. En este sentido, para Clarke, las funciones estatales no emanan de una necesidad del capital, sino que son resultado de la lucha de clases y están sujetas a su desarrollo. Pero, como agrega Clarke, el estado no es una mera contingencia, está guiado por las “leyes” de la acumulación capitalista. Dicho de otro modo, el vínculo entre las relaciones sociales de producción y el estado está mediado por la lucha de clases y supone su determinación (dialéctica) por la contradicción entre la producción material (valores de uso) y su forma social (valor). La forma y el contenido del estado emanan, pues, de las relaciones sociales de producción.

Esta subordinación del estado a las relaciones sociales de producción, expone Clarke, pone límites a la intervención estatal. Por una parte, como dijimos, delimita el modo en que interviene,

pues supone una intervención determinada por las barreras de la acumulación. Por otra parte, el estado responde al interior de las relaciones sociales de producción capitalista. Es decir, que la capacidad de responder, por ejemplo, demandas sociales sólo puede efectuarse apuntando a impulsar aún más la acumulación y con ello la explotación del trabajo.

Es cierto que el argumento de Clarke puede resultar relativamente ambiguo. Que en cierto modo su idea del estado como un instrumento parece dejarlo en las puertas de un instrumentalismo. Pero éste no es el caso. Clarke indica que el estado no es una creación capitalista, sino que le es anterior. El uso instrumental por parte de la burguesía supuso, según su postura, el doble proceso de asumir un carácter público y, al mismo tiempo, de subordinarse a las relaciones sociales de acumulación. Con ello Clarke da cuenta de la forma y el contenido del estado. En *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State* le dedicará más de doscientas páginas a esta cuestión. Su perspectiva histórica y su énfasis en la lucha de clases tiene por objeto, como dice, evitar un nuevo estructuralismo funcionalista. Pero también su énfasis en la forma estado supone una crítica al reformismo.

El problema, tal vez, radique en un malentendido sobre la idea de derivar el estado del capital y la necesidad de la particularización. Lo primero no supone, en principio, un logicismo hegeliano. Aunque hubo algunas perspectivas, y actualmente las hay, que han tendido a inclinarse por dar una explicación de ese tipo. La cuestión de la necesidad de la particularización aparece, en Clarke, entendida de modo sociológico, y esta interpretación está atada a la primera. Es decir, desde el punto de vista de método de Marx se trata de comprender el orden lógico de las categorías y su constitución histórica. La necesidad lógica de la particularización del estado supone que de las contradicciones de las relaciones sociales de producción se deriva la constitución (lógica e) histórica del estado. De lo que se trata es de mostrar su conexión interna. Y esta conexión, en Marx,

como señala Bonnet (en este dossier) aparece ya en el segundo capítulo de *El capital*.

No obstante, a pesar de este malentendido, consideramos que Clarke nos ofrece una crítica de la derivación que puede resultar-nos provechosa para seguir avanzando.

CONCLUSIÓN

En este trabajo hicimos un recorrido por algunos nudos problemáticos de las críticas sobre la cuestión del estado que Clarke dirigió a Poulantzas, los poulantzianos, y al derivacionismo. También indicamos una breve crítica o, tal vez, desacuerdo con su lectura de la derivación.

Traer estas discusiones a este dossier tienen un doble objetivo. Por una parte, dar a conocer el trabajo de Clarke sobre estas cuestiones, que resultan vitales en un momento de ofensiva (al menos en Argentina) del capital contra el trabajo mediada por el estado. Por la otra, tiene el interés en introducir sus palabras críticas en América Latina en un terreno dominado por el poulantzianismo. Pero más aun, sus críticas contra la derivación nos advierten del riesgo de caer en nuevos estructuralismos funcionalistas.

Por último, quisiera expresar que no tuve la fortuna de conocer a Clarke. Sin embargo, hace ya dos décadas que aprendo de sus trabajos. Cuando Ana Dinerstein (2023) propuso realizar un dossier para celebrar su vida no pude más que pensar en qué podía ser lo mejor en ese sentido. Este trabajo, tal vez, sea mi mejor forma de celebrar la vida de un intelectual marxista comprometido con la ciencia y la transformación revolucionaria de la sociedad. Como insiste Alberto Bonnet: ¡por un marxismo sin ismos...! ¡Pour Simon!

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis (1969). "Avertissement aux lecteurs du Livre I du Capital". En Marx, K., *Le capital - Livre premier: Le développement de la production capitaliste*. Garnier-Flammarion.
- Althusser, Louis (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bonnet, A. (2023). "La teoría del Estado de Poulantzas. Alcances, límites, paradojas". En Pascual, R. y Waiman, J. (Eds.). *Debatir Poulantzas. Perspectivas críticas sobre el Estado y las Relaciones Internacionales* (pp. 23-52). Buenos Aires: Prometeo.
- Bonnet, A. (2007). "Antagonismo y diferencia: la dialéctica negativa y el posestructuralismo ante la crítica del capitalismo contemporáneo". En Holloway, Matamoros, F. y Tischler, S. (Eds.), *Negatividad y Revolución. Theodor W. Adorno y la política*. Buenos Aires: Herramienta.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo.
- Clarke, S. (1974). *The Development of Capitalism*. Londres: Sheed and Ward.
- Clarke, S. (1978b). "Capital, Fractions of Capital and the State. 'Neo-Marxist' Analysis of the South African State". *Capital and Class*, 2(2), 32-76.
- Clarke, S. (1980). "Althusserian Marxism". En Clarke, S. et al. (Eds.), *One-Dimensional Marxism. Althusser and the Politics of Culture* (pp. 7-102). Londres / Nueva York: Allison & Busby.
- Clarke, S. (1981). *The Foundations of Structuralism. A Critique of Lévi-Strauss and the Structuralist Movement*. Sussex: The Harvester Press / New Jersey: Barnes & Noble.
- Clarke, S. (1988b). *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. Aldershot: Edward Elgar.
- Clarke, S. (1991). "Introduction". En Clarke, S. (Ed.), *The State Debate*. Londres: Macmillan.
- Clarke, S. (2022a). *Marx, marginalismo y sociología moderna*. España: Dos cuadrados.
- Clarke, S. (2022b). "Marxismo, sociología y teoría del Estado de Poulantzas". En Clarke, S., *Marx, marginalismo y sociología moderna*. España: Dos cuadrados.

- Clarke, S. (2022c). “Estado, lucha de clases y reproducción del capital”. En Clarke, S., *Marx, Marginalismo y Sociología Moderna*. España: Dos cuadrados.
- Dinerstein, A. (Coord.) (2023). “Forum celebrating Simon Clarke”. *Capital and class*, 47(2), 156-226.
- Laclau, E. (1978). “La especificidad de lo político”. En Laclau, E., *Política e ideología en la teoría marxista*. España: Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1976). *Las crisis de las dictaduras*. Portugal, Grecia, España. España: Siglo XXI.
- Ranciere, J. (2020). *La lección de Althusser*. Buenos Aires: El Zorzal.